

mos à peligro de ser privados de la preciosa vida del Rey, V. M. retirada en esta misma casa, para derramar sus lagrimas al pie de los Altares del Dios vivo, le pedisteis por la salud de vuestro hijo y nuestro Soberano, suplicandole encarecidamente, que así como os le havia dado por su mera bondad, os lo conservase por su poder. Y conociendo y confesando que los Reyes son vasallos del Altísimo del mismo modo que los demás hombres, finalizasteis vuestra oracion con estas voces, que la piedad à pesar de los tiernos impulsos de la naturaleza, sacó de vuestra boca; vuestro es, Señor, disponed de él como os agrade, y cumplase vuestra divina voluntad. Estas palabras, Señora, dieron la vida al Rey; y Dios para testificar la fidelidad de sus promesas, cumplió vuestra voluntad, viendola tan resignada en la suya; enseñandonos por un exemplo tan memorable, que quando hacemos lo que Dios quiere, hace su Magestad lo que queremos nosotros. Imitemos, pues, hermanas mías, la piedad de la Reyna; imitemos la obediencia de San Mauro; imitemos la de Jesu-Christo: y en qualquiera situacion que nos hallemos, acordemonos que la obediencia es nuestra herencia; y que es preciso obedecer à Dios sobre la tierra, si queremos reynar con su Magestad en el Cielo. Así sea.

+++++

SERMON

DE SANTA INÉS.

Liberasti corpus meum à perditione, à laqueo linguæ iniquæ; à præsurâ flammæ quæ circumdedit me: Et in conspectu astantium factus es mihi adiutor.
Ecclesiast. cap. 51. v. 3.

COMO Santa Inés fue una de las mas ilustres esposas de Jesu-Christo, se complació su Magestad en buscarla Panegyristas en todos los siglos; y tratandola del mismo modo que à él le havia tratado su Padre, dispuso que los mas clásicos historiadores describiesen, aun antes de su nacimiento, los mas ilustres acaecimientos de su vida, y las mas notables circunstancias de su triunfo. Y así, no solamente todos los Padres de la Iglesia elogiaron à esta insigne Martyr, empleando su divina eloquencia para ensalzar su prudencia en la juventud, su pureza en medio de su hermosura, y su intrepido valor en la debilidad del sexo; sino que hasta el mismo Ecclesiastico mezcló su Panegyrico con el de los varones mas ilustres del antiguo Testamento, y describió con la mayor prolixidad todas las particularidades de su martyrio. Y como si huviera presenciado lo que

sucedió en Roma muchos siglos despues de su muerte, dice, que Dios libró à esta Santa de las redes de un amante, que trataba de seducirla: *A laqueo lingua iniqua*; y que en presencia de todo aquel Pueblo, que concurrió à su martyrio, se declaró su Protector: *Et in conspectu astantium factus est mihi adiutor*. Esto supuesto, me será facil formar un Panegyrico, en que trabajaron los Profetas y los Santos, si por una parte, el Espíritu Santo, que à ellos los animó en otro tiempo, se digna en este dia concederme el mismo favor; y por otra, la Reyna de las Virgenes, que tanto se interesa en la gloria de todas ellas, me asiste con su poderosa intercesion en favor de esta.

AVE MARIA.

No puedo yo, al parecer, empezar con mayor felicidad el Panegyrico de Santa Inés, que por aquellas palabras con que San Ambrosio le empezó en otra ocasion: porque, despues de haver loado la divina providencia, que le permitia hacer el elogio de la virginidad en el mismo dia en que la Iglesia celebraba la festividad de esta Santa, dirigiendo su oracion à todos los fieles, dice, con no menos eficacia que dulzura: hoy celebramos el nacimiento de una Virgen; imitemos su pureza: *Natalis est Virginitatis, integritatem sequamur* (a). De una Martyr; sacrificuemos víctimas al Señor: *Natalis est Martyris, hostias immolemus*. Hoy, en

(a) Amb. lib. 1. de Virg.

fin, solemniza nuestra Madre la Iglesia el martyrio glorioso ò espiritual nacimiento de Santa Inés. Espantense los hombres, confien los parvulos, admirense las casadas, é imitenla las virgenes: *Natalis est Sancte Agnetis, mirentur viri, non desperent parvuli, stupeant nupte, imitentur innupte*. Y à la verdad, si yo la intitulo Virgen, la hago igual à los Angeles que reynan con Dios; si Martyr, la ensalzo sobre los Serafines, que aunque pueden amar à su Magestad, no pueden morir por él; si Virgen y Martyr, acabo todo su Panegyrico, dandola la ventaja sobre las Virgenes, que no han derramado su sangre por Jesu-Christo, y sobre los Martyres, que no le han consagrado su virginidad. Mas por quanto hay muchos Santos que han juntado la qualidad de Virgenes con la de Martyres, triunfando con duplicada victoria del placer, y de la muerte; permitid, Señores, que para formar el caracter de Santa Inés, distinguiendola de todas las Esposas de Jesu-Christo que, como ella, han añadido à la azucena de la virginidad la palma del martyrio; manifieste en este rato las diferencias que à nuestra Santa la separan de las otras; haciendooos vér en ella una Virgen, que consagró con su presencia los lugares mas infames; y una Martyr, que con su valor cambió los tormentos en delicias.

PUNTO PRIMERO.

«La Virginidad es una cosa tan grande, que todos los Padres, que han intentado hacer su elogio, aseguran que ésta virtud eleva à las Virgenes,

nes, no solamente por cima de los hombres, sino que las hace superiores à los Angeles. San Cipriano afirmó, que las Virgenes eran la porcion mas noble de la Catolica Iglesia; y por consiguiente, que eran superiores en parte à todos los demás fieles: *Virgines illustrior portio gregis Christi* (a). San Pedro Chrysologo fue de sentir, que podian disputar el merito con los Angeles: porque siendo la pureza de estos un efecto de la naturaleza, y la de aquellas un portentoso de la gracia, conseguian las Virgenes por su virtud lo que los Angeles poseían por su felicidad: *Angelum esse felicitatis, Virginem esse virtutis. Hoc habet virgo ex viribus, quod habet Angelus ex natura* (b). Si el pensamiento de estos dos Padres es tan verdadero como suena, yo havria finalizado, sin duda, el elogio de Santa Inés; porque diciendooos que fue Virgen, la ensalzaba sobre hombres y sobre Angeles. Mas como al mismo tiempo la daba por compañeras à todas las Santas que han consagrado su virginidad à Jesu-Christo, quiero mostraros lo que tiene la suya de particular, y haceros admirar las circunstancias que ensalzan à ésta sobre las otras.

En primer lugar, consagró à Dios su pureza desde su infancia, y quiso ser Esposa de Jesu-Christo desde que tuvo uso de razon; lo que obligó à S. Ambrosio à decir, que la devocion se havia excedido, y anticipado à la edad: *Discede à me pabulum mortis, jam sponsi mei castis amplexibus adstricta*

sum

(a) Cipri. de habitu virg. (b) Chrys. Sermon. 143. de virg.

sum; jam corpori meo corpus ejus sociatum est, & sanguis ejus ornavit genas meas (a). En segundo lugar, menospreció la hermosura, de que la naturaleza la havia dotado con mas profusion que liberalidad; y hermanó en sí misma dos qualidades, que la mayor parte de los profanos juzgaron incompatibles. En tercer lugar, despreció el mas sobresaliente casamiento que havia en Roma, por no ser infiel à su Esposo Jesu-Christo: y la que no se dexó desvanecer de la hermosura, tampoco se dexó fascinar de la ambicion. Vió al hijo de un Prefecto, que encantado de sus perfecciones, la ofreció todo quanto es capaz de conturbar la constancia de una doncella. Mas ella rechazó sus ofertas con indignacion. Y como si la pertinacia de este rival no huviese servido sino para aumentar el fuego del amor divino en Inés, no pudo contenerse en hablarle de su amado con terminos tan expresivos, que eran capaces de darle los mayores zelos, y de quitarle la esperanza; porque como si huviera intentado ultrajar su nacimiento y sus riquezas, ensalzando las de su casto Esposo, le dixo estas palabras, que San Ambrosio ha libertado del olvido: *Cujus mater virgo est, cujus pater feminam nescit, cui Angeli serviunt, cujus odore reviviscunt mortui, cujus tactu foventur infirmi, cui opes nunquam deficiunt* (b). Retiraçe de mi presencia, hijo de la muerte; y sabe que yo tengo ya Esposo; que he gozado ya de sus castisimos am-

ple-

(a) Amb. lib. 1. de Virginit. (b) Ambros. Sermon. 90. (c)

plexos; que este cuerpo que yo le he consagrado, se ha unido con el suyo, por medio de un Sacramento que no ignoras; y que este carnesí, que sobresale en mis mexillas y en mis labios, es un efecto de la naturaleza, que sirviendome de ornamento, hermosa es mi cuerpo y mi alma.

Y para que no te lisonjees con el lustre de tu nacimiento, has de saber, que el Esposo à quien yo adoro, tiene à un Dios por padre, y à una Virgen por madre; que los Angeles son sus criados; que el Sol, y los Astros admiran su divina hermosura; que su presencia unicamente sana à los enfermos; que su palabra resucita à los muertos; y que sus riquezas, que son infinitas, no pueden agotarse con todas las posibles liberalidades: *Ipsi soli seruo fidem, quem cum amavero casta sum, cum tetigero munda sum, cum accepero virgo sum* (a). Y porque no imagines, que, ò tu pertinacia ò tus riquezas podrán hacerme mudar de parecer, ten entendido, que la palabra que le he dado, se la cumpliré eternamente. Mas temiendo que tu espíritu, sumergido en lo que es carne y sangre, pueda persuadirse à que este amor interesa mi pureza, te aseguro por quien soy, que su amor me hace casta, que sus amplexos me santifican, y que nuestro desposorio consagra mi virginidad.

Estas respuestas que desesperanzaron al joven le huvieran echado bien presto en el sepulcro, si su Padre, sabiendo que Inés era cristiana, no huviera acudido à su socorro, intentando obligar

(a) Idem ibid. omnia. (c) unigenitum de deo deo genitum (a)

à nuestra Santa à desposarse con él, bajo de dos condiciones igualmente infames y criminales. Si has consagrado, la dixo, tu virginidad à los inmortales dioses, retirete à vivir con las Vestales. Separate del mundo; no tengas con él comercio alguno; y viviendo con aquellas Virgenes, que son la gloria y felicidad de nuestro Imperio, junta tus votos con los suyos por la conservacion del Príncipe que le gobierna. Pero si eres del numero de esta secta infeliz, que mezcla la magia con la impiedad, y que blasfemando de nuestros dioses, se hace justamente sospechosa à los Emperadores que son sus vivas imagenes, ten por cierto, que te remitiré à esos lugares infames, donde se prostituyen las afrentosas víctimas de la impudicia pública. Horrorizaron, sin duda, à nuestra Santa estas dos proposiciones; y no pudiendo aceptar ninguna de ellas, se vió en el peligro de sufrir el mayor de todos los ultrages, por no cometer el mayor de todos los delitos.

Como havian conocido los Paganos, que la pudicia era la cosa mas amada de las mugeres christianas, imaginaron, que el medio mas poderoso para obligarlas à perder la fé de Jesu-Christo, era el de amenazarlas con la pérdida de la castidad. Y efectivamente, Tertuliano reparó, que las cristianas, mucho mas se horrorizaban de la prostitucion, que del suplicio. Mucho menos temian ser expuestas al furor de los Leones, que à la licencia de los hombres impudicos: *Damnando christianam ad lenonem potius, quam ad leonem confessi estis habem pudicitiam apud nos atrocior em*

omni pœna, & omni morte reputari. (a) Y se hallaron algunas, que por un movimiento extraordinario del Espiritu Santo, se dieron la muerte, precipitandose en las aguas ò en las llamas, por liberarse de este ultrage. Se vieron tambien algunas, dice San Agustin, que para ser curadas de la vanagloria que les daba su misma castidad, perdieron, por divina permission, el esplendor que mas apreciaban, para que humilladas por tan terrible afrenta, recurriesen à practicar el abatimiento y humildad christiana, que hasta entonces no havian apreciado como debian; lo que obligó al referido Santo Doctor à exclamation, y decir, que el orgullo es un pecado el mas abominable, respecto de que para su curativa permite Dios un remedio tan extraño.

Mas por el contrario, para preservar à las Virgenes, que juntado la humildad con la pureza, y no ensobrevenciendose por aquella virtud que las hace iguales con los Angeles, tenian siempre presente, que no eran menos fragiles por su constitucion que los hombres; para preservar la pureza, vuelvo à decir, de estas Virgenes humildes, obró Dios muchos milagros, y extraordinarias maravillas. Sí. A una Lucia, la hizo de tal manera inmóvil, que muchos pares de bueyes no fueron para moverla ò sacarla de un sitio, quando los Paganos intentaron llevarla al infame lugar de la prostitucion. Para libertar à una Virgen christiana, que havian expuesto à esta miseria, inspiró

(a) Tertul. in Apolog.

à un soldado, tambien christiano, trocase con ella el vestido, y por ella se quedase en aquel lugar infame, saliendo fuera la Virgen en calidad de soldado; con cuyo inocente artificio, inspirado de Dios, conservó el fiel soldado la pureza de la Virgen, y consiguió para sí la corona del martyrio. La conferencia que pasó entre los dos referidos, la refiere con tal primor el eloquente San Ambrosio, que aunque me distraiga alguna cosa de mi principal objeto, no dexaré de referirla; pues no es salir de mi designio, el continuar el elogio de la pureza.

No temas, dixo el piadoso Soldado à la afligida Virgen; porque yo he venido aqui, no como usurpador de tu fama, sino como un hermano, que intenta defender tu honor: *Ne quæso paveas soror, frater hic veni salvare animam, non perdere. Quasi adulter ingressus; si vis Martyr egrediar. Vestimenta mutemus, conventiunt mihi tua: sed utraque Christo. Tua vestis me verum militem facit, mea te Virginem. Sume habitum, qui abscondat Virginem, trade qui consecrat Martyrem.* (a) Verdad es, que entré en este lugar como un adultero; pero si tu quieres, saldré de aqui para ser Martyr. Mis vestidos te ajustarán muy bien, y los tuyos no me vendrán muy mal: y en todo caso, uno y otro serán bien parecidos à Jesu-Christo; porque el tuyo, aunque de muger, me hará efectivamente Soldado; y el mio te conservará para siempre la pureza. Toma, pues, un vestido que

Tt 2

ocul-

(a) Amb. lib. de Virgin.

ocultará à una muger, y dame otro que consagrará à un Martyr. Aceptó la Virgen christiana su consejo; y consiguiendo para sí, con este piadoso disimulo, la defensa de su honor, adquirió para el Soldado la corona del martyrio; porque extrahida que fue la doncella de aquel infame lugar bajo de un vestido ageno, se arrojaron en él varios infieles con el designio de disfrutar sus brutales apetitos; y como en lugar de una Virgen encontrasen un Soldado, creyeron por algun tiempo, que obrando un milagro Jesu-Christo, havia mudado en hombre à una muger, y en soldado à una doncella. Ya havia yo oido decir (dixo à los otros uno de ellos) que este Jesus, á quien adoraban los christianos, convirtió en cierta ocasion el agua en vino; y ahora vemos que ha convertido en hombre á una muger. Salgamos de aqui al instante, si queremos ser lo que hemos sido hasta aqui; no sea que en castigo de nuestra insolencia, nos convierta en mugeres, asi como para defenderla de nuestra impudicia convirtió á una muger en hombre: *Audieram quod Christus aquas in vina convertit, jam mutare cepit & sexus; recedamus hinc dum adhuc qui fuimus sumus.* (a) En este error se huvieran ido, sin duda, si nuestro Soldado, deseoso de la corona del martyrio, no les huviera advertido del suceso. La novedad de esta estratagemá los sorprendió verdaderamente, y les infundió cierto respeto à la Religion christiana, que inspiraba à sus hijos tan extraordinario amor

(a) Idem ibi.

amor à la pureza. Mas siguiendose el furor à la admiracion, condenaron, en lugar de la Virgen, al que tan generosamente havia ocupado su lugar, y satisfaciendo sus deseos, sin advertirlo, le procuraron la libertad de los Martyres.

Pero fue mayor la admiracion de estos impios, quando vieron que la doncella, viniendo al lugar del suplicio, entabló una contienda celestial con su libertador, sobre quién de los dos havia de llevar primero la gloria de morir por Jesu-Christo. El Soldado se defendia generosamente, alegando en su favor el decreto ó sentencia que se havia pronunciado contra él: *Ego sum jussus occidi, te absolvit sententia, quando me tenuit. Non ego te mortis vadem elegi, sed prædem pudoris optavi. Si pudor queritur, manet nexus. Si sanguis exposcitur, fide jussionem non desidero; habet unde solvam. In me lata est ista sententia, que pro me lata est.* (a) No te aflija mi dicha (la decia); dexame recibir la recompensa del beneficio que te hice. Acuerdate de que el sentenciado à morir soy yo; y que la misma sentencia que me comprehende à mí, te exime à tí. La doncella clamaba, y le decia: tu haces mas de lo que me prometiste, y de lo que te pedi yo. Yo buscaba un hombre que defendiese mi virginidad, no mi vida. Si solamente se tratase ahora de lo primero, os buscaria otra vez para mi defensor. Mas tratandose, como se trata, de lo segundo, vuestra proteccion me es inutil. Si aqui no se me pide mas que san-

(a) Idem ibi.

sangre, tengo con que pagar; y por consiguiente no necesito de vuestra fianza: *Ego opprobrium declinavi, non martyrium tibi cæsi, vestem, non professionem mutavi; quod si mihi præripis mortem, non redemisti me, sed circumvenisti. Possumus uterque satisfacere sententiæ, si me prius patiatis occidi. In te non habent aliam quam exerçant pœnam; in Virgine obnoxius est pudor.* (a) Considera, que la sentencia que se ha dado por mi causa, es una sentencia contra mí; que yo sería responsable de vuestra vida, si no os libertára de la muerte; que en la trasformacion que practicamos, aunque dexé yo mi vestido, no mudé de profesion; que con aquella piadosa estratagema solo miré à precaver un ultrage, mas no à ceder á otro el honor y corona del martyrio. Y así, si me lo disputais por mas tiempo, no diré que me haveis libertado, sino engañado. No me quiteis, pues, el beneficio que ya me haveis concedido. Y para no dilatar mas la disputa, considerad, que en diferir vuestra muerte, no correis peligro alguno; pero yo lo corro muy grande, si se difiere la mia. Ambos podemos, sin duda, sufrir la pena de la sentencia, con tal que yo sea la primera; porque nuestros comunes enemigos, no tienen para vos otro castigo, que la muerte; mas para mí, si ahora no muero, tienen otra injuria mas terrible y mas cruel que la muerte. En fin, para vos será mayor gloria, y mayor dicha para mí, si dexandome morir primero, conservais de este modo mi pureza, que

-1113

(a) Id. ibi.

que si exponéis mi virginidad, por querer defender mi vida. El fin de tan piadosa contienda fue dichoso, pues ambos los litigantes quedaron bien satisfechos. No fue su gloria separada, sino unida; pues procurandose uno á otro la palma del martyrio, juntos derramaron su sangre por la fé de Jesu-Christo. Esta digresion, Señores, no podia desagradaros; pues al mismo tiempo que os ha hecho ver la mas famosa disputa, que el amor de la pureza y del martyrio podia excitar entre dos fieles de la Religion de Jesu-Christo, ha sido exprimida por las mas bellas palabras, que la eloquencia christiana pudo sugerir à San Ambrosio. Pero lo que sucedió con Santa Inés, fue otro tanto mas prodigioso, quanto no ya un Soldado, sino un Angel fue quien se constituyó protector suyo, obrando el mismo Dios varios milagros para defender su pureza. Y así, desde el punto en que la Virgen puso los pies en el lugar destinado para la pública impudicia, mudó aquel sitio de condicion, y se convirtió en Cielo ò en Oratorio: *Interea lupanar efficitur locus orationis.* (a) Púsose, pues, Inés en oracion, è interesando à los Angeles en su defensa, hizo tan santa aquella casa, como antes havia sido profana. Y por quanto los infieles, con horrible violencia, havian desnudado à nuestra Santa, hizo Dios en un momento dos prodigios, con que encubriendo la desnudez de su inocente cuerpo, protegió el pudor de la doncella. Fue el primero, haverse esparcido sus cabellos en tal

(a) Ambr. Sermon. 50.

tal conformidad, que sirviendola de velo preservó enteramente su cuerpo de la curiosidad de aquellos impudicos. ¡Qué prodigio, Señores míos! Los cabellos que en las mas de las mugeres suelen servir para prostituir la castidad, la defienden y preservan en Santa Inés. Lo que en otras sirve de aliciente para el pecado, sirve de velo en nuestra Santa, para proteger su pudor. Pero no satisfecho Dios con haver obrado este primer portentoso, hizo otro segundo mas maravilloso y raro. Rodeó todo el cuerpo de la Santa de una luz tan peregrina, que à un mismo tiempo la servia de adorno y de vestido. La adornó y vistió de una claridad, que ofuscando los ojos de quantos intentaban mirarla, la honró con un privilegio semejante à al de la inocencia del primer hombre, ò al de la Magestad del mismo Dios.

Segun todos los Padres de la Iglesia, la justicia original que adornaba el alma del primer hombre, servia tambien à su cuerpo de vestido, esparciendo sobre su rostro una cierta luz, que infundia amor y respeto à todas las criaturas. La Escritura, asimismo, nos enseña, que aunque Dios no necesita de otro vestido que su esencia, se reviste de luz, siempre que le agrada hacerse visible à los hombres; y este mismo resplandor les infunde el temor y la reverencia: *Amictus lumine, sicut vestimento.* (a) Esto supuesto, parece que Dios trató à nuestra Santa como hace consigo mismo. Que por vestido le dió la luz, ocultando su cuerpo ba-

(a) Palm. 103. v. 2.

jo de un manto de resplandores; y que rodeandola con tan hermosa claridad, no solamente la libertó del empacho, sino que la dió un gage ò una prenda de la gloria que la preparaba en el Cielo: *Indumentum dedit illi nimio candore conspicuum.* (a)

Confesemos, pues, Señores, que es grande el amor del Hijo de Dios hácia sus Esposas. Que es tan celoso del honor de ellas como del suyo; y que protege su pudor, asi como su Padre cuidó de atender al suyo en la Cruz; porque, segun varios Interpretes, aquellas tinieblas que se esparcieron sobre la tierra, mientras su Magestad padecia en el Calvario, no solo contribuyeron à la fúnebre pompa de su muerte, sino tambien à encubrir su desnudéz; y que el Sol no se ocultó precisamente para enlutar à todo el mundo por la muerte y pasion de su Hacedor, sino para ocultar tambien su cuerpo virginal, expuesto à las atenciones y oprobios de sus enemigos. Pues ahora, lo que las tinieblas hicieron en favor del Hijo de Dios en el Calvario, hizo la luz celestial en favor de Santa Inés en el lugar público. O bien se mezclaron luz y tinieblas para componerla un vestido, asi como entre las dos, segun dice la Escritura, componen un trono ò palacio à nuestro Dios; pues dice en una parte, que Dios habita una luz inaccesible: *Habitat lucem inaccessibilem*: y en otra, que tiene su mansion entre unas tinieblas impenetrables: *Posuit tenebras latibulum suum.* Del mismo modo, pues, nuestra ilustre Virgen fue

Tom. I.

Vv

re-

(a) Ambr. Sermon. 90.

revestida de un manto, que por una prodigiosa mezcla de claridades y de tinieblas, la libertó de las miradas y ultrages de aquellos impúdicos. En efecto, aquella brillantísima luz ofuscó sus ojos, reprimió su insolencia, y les infundió un profundo respeto por una Virgen, en cuyo favor havia obrado el Cielo un prodigio tan grande. Pero

Su espanto y su temor se aumentó mucho mas con motivo de la insolencia y castigo del hijo del Pretor, desordenado amante de nuestra Santa; porque como éste la tenia mas pasion y menos respeto que los otros, juzgando que la claridad que rodeaba à Inés no era otra cosa que una illusion, intentó indiscretamente violentarla; pero una instantanea muerte fue el justo castigo de su temeridad. Cayó, pues, à los pies de la Santa como una víctima que la Justicia Divina sacrificaba à su pureza. Este extrañísimo suceso produjo efectos muy diferentes en el espíritu de sus espectadores; porque los unos admiraron al Dios de los Christianos, que tan justamente vengaba la injuria de sus Esposas. Los otros se confirmaron en la creencia que tenian de que todos los fieles eran magos; y que por los encantos, que eran propios de su profesion, se defendian de sus enemigos.

El padre del desgraciado joven así que supo la muerte de su hijo unico, lleno de furor corrió al teatro; y acusando à la Virgen de mágia y de homicida, vomitó contra ella quantas injurias puede sacar la rabia de la boca de un desesperado. La Santa se defendió con tanta eficacia como modestia; è hizo saber al enfurecido padre, que su hijo se havia procurado á sí mismo su desgracia

cia. Que los que havian respetado la luz que la rodeaba no havian sido ofendidos; y que solamente él, que con impudencia se havia querido acercar, havia sido la causa de su muerte; que por lo que à ella pertenecía nada la inquietaba, sino el horror del pecado, y el gran sentimiento de la perdicion del alma de su hijo. El padre, à quien en medio de su enojo le asistia la suficiente razon para conocer la inocencia de Inés, y el crimen de su hijo, la conjuró à fin de que emplease todo el credito que tenia con su Dios para conseguir la resurreccion del difunto. Convino en ello la Santa, hincóse de rodillas, levantó al Cielo sus ojos, y por medio de un duplicado portento, restituyó la vida, no solamente al cuerpo, sino al alma de aquel pecador.

Pues apenas fue resucitado, detestó su error y su delito: confesó que no havia mas Dios que el de los Christianos: dió infinitas gracias à su casta libertadora, y la pidió el bautismo, para que ya que no havia querido ser su esposa, viniese à ser por medio de aquel Sacramento su madre y hermana. ¡Qué de prodigios, qué de milagros no intervinieron aqui en favor de la pureza! ¡Qué mutaciones, qué metamorfosis, hechas por una Virgen, que prefiere su honor à su vida, su vida à su fortuna, y sus divinos votos à todas las promesas de un amante! ¿Se podrá poner en duda que jamás fue mas gloriosa la virginidad que en la persona de Santa Inés; y que tuvo razon para decir, que aunque tiene compañeras en la pureza, es unica y singular en la gloria de su triunfo? Parece que no. Pues mirad: todo quanto haveis oido

hasta aqui, no ha sido mas que un principio de sus glorias. Y asi preparaos para oir los progresos, y la perfeccion de su elevadísimo merito, viendola trocar en deliciosos placeres los mas horrendos suplicios.

PUNTO SEGUNDO.

No se puede dudar, que hay una cierta semejanza entre Virgenes y Martyres; porque si no derraman su sangre por Jesu-Christo las primeras, no por eso dexan de experimentar combates y vencimientos como los segundos. La pureza misma parece que prepara las Virgenes al martyrio; pues acostumbradas à triunfar de los placeres de la carne, se las hacen menos terribles los dolores del suplicio. Por esta razon San Ambrosio, en aquellos eloquentísimos libros en que trata de las Virgenes, dice con grande energia, que la virginidad no es laudable precisamente porque se encuentre en los Martyres, sino porque ella hace Martyres: *Non ideo laudabilis virginitas quia in Martyribus reperitur, sed quia ipsa Martyres faciat.* (a) Y en efecto, el que por toda su vida se ha privado de los sensuales deleytes, no halla tan grande dificultad como otros para sufrir los tormentos quando se presenta inevitablemente la ocasion. Y asi el que guarda el celibato, puede gloriarse de haver hecho un ensayo para el martyrio; pudiendose decir de las Virgenes lo que dixo Tertuliano de todos

(a) Ambr. lib. 1. de Virg.

dos los christianos en comun: *Vita christiani est disciplina martyrii.*

Esta fue, pues, la divina escuela en que Santa Inés se preparó para ser Martyr; pues venciendo las delicias, aprendió à tolerar los dolores. Comenzó, à la verdad, estos dos ejercicios desde que empezó à usar de la razon; porque imponiendose crueles penitencias à sí misma, previno la crueldad de los verdugos. Tan ordinario era para ella el ayuno como la oracion. Nutria à su alma con lo que defraudaba à su cuerpo. Y como si intentára familiarizarse con la muerte, pasaba dias y noches sin comer ni dormir. Su mismo nombre fue, al parecer, un presagio de lo que debia ser algun dia. Y la divina providencia, que dispuso fuese intitulada *Agnes*, la destinó, segun San Ambrosio, para el sacrificio: *Nomen ejus oraculum est Martyrii, & indicavit quid esset futura.* (a) Pero lo que hace su combate mas digno de consideracion, y mas ilustre su victoria es, que padeció martyrio en una edad, en que las demás doncellas no son capaces de sufrir con paciencia los mas ligeros dolores. Apenas havia cumplido trece años, quando fue conducida à la presencia del Juez Tyrano; y asi los que regulaban su animo por su cuerpo, fueron de parecer que bastarian las promesas para seducirla, ò las amenazas para amedrentarla.

Son las mugeres, sin duda, mas debiles que los hombres. Y el Sabio asegura, que para hallar una

(a) Ambr. lib. 1. de Virg.

una que se pueda llamar fuerte, es preciso discurrir por todo el mundo: *Mulierem fortem quis inveniet? Procul & de ultimis finibus pretium ejus.* (a) Pero como una muger fuerte es mas rara que las perlas que vienen de las extremidades de la tierra, asi tambien es mas preciosa y digna de ser reputada por un prodigio del sexo. Mas si todas las mugeres son debiles, las doncellas son sin duda mucho mas; porque quanto menos tienen de experiencia y de resolucion, tanto mas sobresale en ellas el temor y la debilidad. Sin embargo, de esta regla general fue verdaderamente exceptuada la animosisima Inés, pues no contando mas años que trece, admiró à todo el mundo su valor. Y como dice su Panegyrista San Ambrosio, asi como su devocion fue superior à su edad, asi su animo fue superior à su sexo. (b) ¡Quién lo dixera! Las reprehensiones de su madre, si ella huvieran sido capaz de merecerlas, la huvieran hecho temblar. Y efectivamente, de haver visto en cierta ocasion à su padre mirar con enojo à un esclavo suyo, se quedó pálida. Y esto no obstante, el Prefecto de Roma con una comitiva espantosa de ministros y de verdugos no son capaces de alterar su constancia. Confiesa sin temor que abraza y sigue la fé de Jesu-Christo; y que está dispuesta à rubricar esta confesion con su sangre; y la que por su edad no podia aun disponer de su persona segun toda ley, está dispuesta para ser Martyr de Jesu-Christo. (c) Su misma delicadeza la eximia, sin

(a) Proverb. cap. 31. v. 10. (b) Ambr. Sermon, de Virg.

(c) Idem ibi.

sin duda, de entrar en combates; pero la gracia la hacia capaz de todos los vencimientos. Verdad es, que todos miraron su martyrio y su valor como uno de los mayores milagros: *Novum genus martyrii* (exclama San Ambrosio) *nondum idonea pene, & jam matura victorie.*

Para conocer bien la grandeza del combate, y el peligro que tuvo Inés de ser vencida, y no vencedora, considerad con viveza la desigualdad de los combatientes, conviene à saber; à Inés por una parte, y al Prefecto Porfirio, que era su Juez, por otra. Inés no es mas que una doncellita; Porfirio un hombre, è irritado. Inés apenas ha cumplido trece años; Porfirio cuenta ya los quarenta. Inés no tiene poder alguno en la Republica; Porfirio tiene en su mano toda la autoridad del Emperador. Inés para su defensa no tiene otro auxilio à quien recurrir que à la paciencia; Porfirio tiene otros tantos verdugos como ministros para atormentarla. Asimismo este Prefecto emplea todos los atractivos de los ruegos para seducirla, y todos los artificios de las amenazas para intimidarla, las cadenas y prisiones para entristecerla, la tortura y azotes para acobardarla. Y sin embargo, todos estos esfuerzos son inutiles. La debilidad resiste à la fuerza; la paciencia cansa à los Tyranos; la sencillez se burla de los artificios; y por decirlo de una vez, una niña triunfa del Prefecto de Roma.

Pero no os espanteis, Señores; Inés era fortalecida por la divina gracia, y no era necesario mas; porque sola ésta es la que sabe vencer los dolores, asi como los placeres. Sola ésta es la que

sabe resistir à los verdugos, del mismo modo que à los amantes. Si el martirio fuera obra de la naturaleza, ò de la razon humana, se podría juzgar que aquellos à quienes el nacimiento hubiese hecho mas fuertes, ò à quienes la Filosofia huviese inspirado mayor intrepidez, serian los mas à proposito para sufrirlo. Pero siendo como es un puro efecto de la gracia, no se debe contar en los que lo padecen animosos, ni con el vigor del cuerpo, ni con la firmeza del espíritu. Solo Dios es el que obra en los Martyres, y no es necesario mas. Y asi para que sobresalga mucho mas su admirable poder, elige para empresa tan sobrenatural los cuerpos mas debiles, y las almas mas timidas. Y por eso se dice muy bien, como advierte S. Ambrosio, que lo que excede à la naturaleza procede del autor de ella. (a) Y asi no hay que buscar otra fuerza, ni otro valor en Inés, que el que la gracia la inspiró quando pareció delante del Juez.

Alli oyó sin inmutarse la sentencia de su prision: y gozosa de que la muerte que iba à poner fin à su vida, pondria tambien à su pureza en seguridad, se consolaba sobre manera viendo à los verdugos que la havian de libertar de sus amantes. Mas no logró tan presto como deseaba evitar las persecuciones de estos ultimos; porque ciegos de amor, y conmovidos de piedad, trataron de ganarla con promesas, de suavizarla con lagrimas, y de seducirla con caricias. Pero Inés ofendida de

su

(a) Idem ibid.

su falsa piedad, y juntando el christiano despecho con el celo que tenia por su querido Esposo, les dice estas palabras, que San Ambrosio ensalzó con particular elocuencia, y la Iglesia refiere con gran respeto: vosotros injuriais à mi Esposo, si juzgais agrardarme, ò que pueda yo agradecer vuestro servicio. Y asi, tened entendido que aquel que por medio de su gracia me buscó antes que vosotros, eligiendome para sí antes que pudiese yo ni conocerle, ni amarle, me poseerá por entero. Y tú, verdugo, ¿por qué te detienes? haz prontamente tu oficio, librame de estos importunos, y haz que muera este cuerpo miserable, que contra mi voluntad me precisa à ser agradable à los ojos impudicos: *Et hæc sponsi injuria est expectare placituram, qui me sibi prior elegit accipiet: quid percussor moraris? Pereat corpus quòd amari potest oculis quibus nolo.* (a)

Siendo evidente, Señoras mias, que estos castos sentimientos contribuyeron à la gloria, y à la perfeccion de Santa Inés, ¿pretendeis vosotras conseguir sus atributos, siendo Santas en la tierra y gloriosas en el Cielo? Si lo deseais, ¿por qué, ò cómo os valeis de tantos artificios para agradar à los hombres? ¿por qué llamais sus atenciones con tanto estudio y cuidado? ¿por qué prendeis sus corazones con tantas cadenas? ¿por qué colocais vuestra dicha en adquirir amantes, y conquistar adoradores? Considerad à nuestra Santa, que teme ser criminal en que se agraden de ella los hombres. Que

Tom. I. Xx de-

(a) Ambr. lib. 1. de Virginit.

desea la muerte de su cuerpo, para que no excite malos deseos en el alma de los que se acerquen à ella. Y hallareis quàn diferente de ella sois vosotras, que poneis vuestra dicha en quitarle vasallos à Jesu-Christo, dandole esclavos al demonio.

Apenas Inés rechazó tan generosamente los ruegos de sus amantes, caminó ligeramente hácia el lugar del suplicio; y sin enternecerse con las lagrimas que derramaba todo el Pueblo, ni con los suspiros de los otros fieles sus compañeros, subió sobre el brasero con tal valor, que mas infundió horror, que admiracion á los circunstantes. Desde allí, como desde un sobervio teatro donde servia de espectáculo á los hombres y á los Angeles, levantó los ojos y las manos al Cielo; y por unica gracia pidió á su Esposo, que el fuego la consumiese con prontitud, á fin de ir á gozar quanto antes de sus castísimos amplexos. Los verdugos, no sin demostraciones claras de compasion, encendieron el funesto brasero, ò mejor diré el lecho nupcial, sobre el qual estaba recostada la Santa. Pero, ¡ò prodigio! las llamas se apartaron de Inés; respetaron su persona; perdonaron sus vestidos; y como si huvieran sabido discernir entre culpables è inocentes, apartandose de los leños que las servian de pábulo, fueron á buscar á los verdugos, á quienes havia hecho huir el temor.

¿No se viene aqui, Señores, á la memoria aquel gran milagro que hizo Dios en otro tiempo, para justificar la inocencia de aquellos tres niños, que un Emperador infiel havia hecho arrojar en el horno de Babilonia? El fuego en aquella ocasión

se

se hizo al parecer inteligente; porque este elemento que es ciego en su actividad; que devora quanto se le pone à proporcion; que indistintamente abrasa el cedro y la encina; y que consume igualmente al yerro y al marmol, no osó acercarse à los tres Angeles mortales; ò si, por una secreta conducta de la divina providencia, se acerca, no toca ni aun levemente à sus vestidos, y consume las cadenas que los aprisionan, y desde allí, como indignado contra los ministros de aquel furioso Principe, sale impetuosamente del horno, y vá à cebarse en todos aquellos que havian obedecido sus injustos decretos. Pues todas estas maravillas se repitieron en favor de nuestra Santa Martyr. El fuego la reverenció, y la vengó. Dividió sus llamas para formarla un oratorio, ò un tronó. Arrojó despues una parte de estas llamas, que por el ayre fueron à buscar à los verdugos y à los impíos, que havian ò inventado, ò aprobado este suplicio: *In duas partes flamma scindantur, & hinc atque illinc seditiosos populos exurebant* (a).

Estas palabras de San Ambrosio, me trahen à la memoria las del Poeta Estacio, que para explicar el odio inmortal de dos hermanos, dice, que su furor excitó una sedicion en el mismo brasero donde fueron arrojados despues de muertos; porque dividiendose sus llamas, no pudieron unirse jamás para consumir à unos hombres, que siempre havian estado en guerra: *Flammasque rebel-*

Xx 2

les

(a) Amb. Sermon. 29. *Magis in cinem quam ignis* (c)

les seditione rogi. Se vé, sin duda, una imagen de este divorcio en el suplicio de Santa Inés; pues trata el fuego diferentemente à los sujetos, que fueron siempre discordes en el modo de obrar y de pensar, abraçando à los culpables, y perdonando à la inocente. ¿Y sabéis, Señores, qual era la ocupacion de esta Virgen, mientras sucedia este prodigio que tenia asombrada à la Ciudad de Roma? Pues mirad: daba gracias à su Esposo por el prodigio con que havia preservado de las llamas su casto cuerpo; pero juntando sus respetuosas quejas à la accion de gracias, se quejaba à él amargamente, porque preservandola del fuego, la privaba de la gloria del martyrio. Y apenas huvo concluido la súplica, quando un verdugo, que por ventura la havia escuchado, se acercó à ella, y para satisfacer sus deseos, la degolló con su espada, y consumó el sacrificio de esta agradable víctima.

¿No os anima, Señores, à la virtud este grande exemplo, que reprehende juntamente vuestra debilidad? Inés era una niña de trece años. Las amenazas del Prefecto, sin otros tormentos, la debian amedrentar. Y sin embargo, se burló de unas y de otros; y despues de haver vencido el temor, sufrió el dolor y la muerte. Y para decirlo con los terminos de San Gregorio el Grande, apareció delante de los Jueces y de los verdugos mas animosa que estos, y mas gloriosa que aquellos: *Ante armatis greges & præsides invicta stetit, feriente robustior, & judicante sublimior* (a). Vosotros

(a) Greg. Mag. homil. in Evangel. (a)

tros, pues, sois hombres; y por consiguiente, mas fuertes que una doncella; y esto no obstante, ¿ella sale victoriosa de los mayores tormentos, quando vosotros os dexais vencer de los deleytes? Ella sube al Cielo por las llamas; ¿y vosotros queréis subir à él por las delicias? Ella llega à la Patria Celestial por un camino sembrado de espinas; ¿y queréis vosotros llegar tambien allá por otro camino sembrado de rosas? Ella consigue la corona de la gloria por medio del combate; ¿y vosotros la queréis conseguir sin pelear? Dios la dice: muere por mi amor, y obedee; y à vosotros os dice: vivid por mi, ¿y desobedeceis? Dios la dice, en fin, hazme un sacrificio de tu cuerpo, y se sujeta à él con placer; y à vosotros os dice, hacedme un sacrificio de vuestras pasiones; ¿y os resistis con injusticia à su peticion? ¡Ah Señores! Con quénta razon pudiera yo asegurar, que pues no queréis domar vuestra carne, estando la Iglesia en reposo, no la huvierais, sin duda, sacrificado por la fé quando se hallaba perseguida: *Ecce nulli nostrum hoc tempore dicit Deus, pro me morere, sed illicita tantummodo in te desideria occide. Qui ergo in pace subigere carnis desideria noluimus, quomodo in bello pro Domino ipsam carnem daremus?* (a) Y vosotras, Señoras mias, sobre cuyo espiritu debe tener mas eficacia y autoridad el exemplo de una Virgen, ¿tendreis valor en adelante para quejaros de vuestra debilidad, y aun de alegarla por escusa en vuestras ofen-

(a) Idem. ibid.

ofensas? Vosotras nos decís, quando venís à nuestros pies, que es cosa muy ardua para una simple y fragil muger defenderse contra unos enemigos tan fuertes y artificiosos. Pero además de que vosotras los provocáis con el luxo de vuestros vestidos, con la libertad de vuestras acciones, y con el artificio y dulzura de vuestras palabras; ¿no hay la constancia de una Inés à quien imitar? Ella era joven; pero no se gloriaba de serlo. Era hermosa; pero despreciaba su hermosura. Fue buscada de un hombre poderoso; pero le menospreció. Fue tentada por todo genero de ofertas; pero no dió oídos. Vió rendido à sus pies al hijo de un Prefecto de Roma; pero como tenia en su corazón al Hijo de Dios, se indignó contra la propuesta de este amante. Convirtió éste sus promesas en amenazas, sus servicios en menosprecios, su amor en furor, y empleó para vencerla otros tantos tormentos, como caricias havia empleado para seducirla; pero ella triunfó no menos del placer que de los tormentos, y salió de todo y en todo victoriosa. ¿Teneis, por ventura, vosotras enemigos mas terribles que combatir, tentaciones mas fuertes que sostener, ni ataques mas poderosos que rechazar? No, sin duda: pero teneis menos animo y menos amor à Jesu-Christo: y así, si sois vencidas, acusad à vuestra laxitud; imitad à nuestra Santa Martyr, menospreciad vuestra hermosura, evitad las conversaciones amorosas, temed las delicias, despreciad los tormentos, à fin de que habiendo vencido como ella en la tierra, triunfeis con ella en el Cielo. Así sea.

SER-



SERMON

DE SAN VICENTE,

PREDICADO DELANTE DE LA REYNA.

Exiuit Vincens, ut vinceret. Apocalip.
cap. 6. v. 2.

SEÑORA:

SI la condicion de los Christianos es mas honorifica que la de los Soldados, tambien es mas dificil y penosa; porque aunque por un ligero premio se exponen à mil peligros, siendo víctimas de la gloria y de la muerte; sin embargo, no son responsables de los varios acontecimientos de la batalla. Y con tal que obedezcan en todo à sus mayores, nada mas se le puede pedir à su valor. Pero los christianos son una clase de Soldados, que tienen obligacion de ser siempre victoriosos. Y así, no les basta el pelear; es necesario vencer, si quieren triunfar con Jesu-Christo. Por cuyo motivo, para hacer el Panegyrico de San Vicente, no sería bastante el persuadir, que fue un exforzadísimo Soldado de Jesu-Christo; sino que fue un dichoso vencedor, que desempeñando exactamente las obligaciones contrahidas por el nombre de christiano, derrotó à todos sus enemigos. Es verdad